

Análisis discursivo de la campaña electoral de Sergio Massa. Despolitización social y reimplantación del Estado neoliberal

Gonzalo Sarasqueta

Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

El presente artículo analiza el discurso electoral de Sergio Massa, candidato a diputado nacional por el Frente Renovador. Mediante tres ejes –su intención de instalar una fuerza política nueva, su interpretación de la democracia y el conflicto y su postura frente a las ideologías– se indaga en el lenguaje utilizado por el aspirante para ocupar una banca en el Congreso de la Nación. De esta manera, se pretende descifrar a qué proyecto político responde el vocabulario implementado.

Como conclusión se vislumbra que la negación del conflicto como elemento inherente a la política, más la insistencia en alcanzar un consenso general mediante la eliminación de las fronteras ideológicas, tienen como objetivo la despolitización de la sociedad: instancia idónea para la (re)implantación de un Estado neoliberal en la Argentina.

Palabras clave: lenguaje, neoliberalismo, despolitización, consenso, Estado.

Después de diez años de una oposición atomizada y sin respaldo popular, nace –en vísperas de las elecciones PASO del 2013– una nueva fuerza política que pretende discutirle al kirchnerismo la hegemonía del poder político en la Argentina. Sergio Massa es el líder de este espacio denominado Frente Renovador. Como respuesta a una narrativa y una praxis progresistas –basadas en la redistribución de la riqueza, la democratización de los medios de comunicación, los derechos humanos, la integración latinoamericana y la ampliación de derechos sociales–, encarnadas en los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, este partido político incipiente propone un marco, una estructura mental nueva para percibir de un modo diferente la realidad (Lakoff, 2004: 17). A través de la utilización de palabras como “concordia”, “diálogo”, “diversidad”, “unidad”, “conciliación”, “acuerdos”, “paz”, “tranquilidad”, entre otras, el Intendente de Tigre y candidato a diputado nacional, Sergio Massa, intenta modificar los marcos de referencia de la sociedad, y así establecer la necesidad de un nuevo bagaje de políticas públicas que él mismo satisfaría en una futura gestión. En otras palabras: trocar mediante una nueva gramática política el sentido común social y avanzar hacia un proyecto político diferente al actual, donde él sería el autor de la transformación.

Y aquí surgen las dos preguntas del presente artículo. Por un lado, ¿qué vocabulario utilizó Sergio Massa en la campaña para las elecciones legislativas del 2013 para modificar, como dice Lakoff, los marcos de

referencia que activan el sentido común social? Y, en consecuencia, ¿qué proyecto político representa este andamiaje discursivo?

Para solventar estas dos cuestiones, se desmenuzará el discurso de Sergio Massa en tres ejes temáticos: su promesa de formar una nueva fuerza política, su interpretación de la democracia y el conflicto y su postura frente a las ideologías. De esta manera, se pretende correr el velo retórico del candidato y alcanzar una aproximación integral –que enlace los tres ejes– que dilucide el modelo de Estado y Sociedad que pretende Massa.

Antes de ingresar estrictamente en el análisis, cabe una aclaración. Los fragmentos discursivos que se tomaron de Sergio Massa pertenecen a diferentes formatos: entrevistas que dio en medios de comunicación, propuestas recogidas de su plataforma electoral y frases captadas en actos políticos. Esta heterogénea selección no es al azar. Por el contrario, se han escogido estos tres diferentes canales de expresión para aprehender el discurso de la forma más cabal y compleja posible.

El mesías de la *realpolitik*

Con Sergio Massa “llega el futuro”. Lo moderno. Se acabó la “vieja” y “obsoleta” dirigencia. Es el momento de “inyectarle aire fresco a la política”. De ahí el nombre del espacio: Frente Renovador. Una semántica que apuesta a empatizar con el votante desencantado con la política. Aquel ciudadano que sostiene que “los políticos son todos iguales. Lo único que quieren es robar” o que “solo quieren poder, la gente no les importa”. Lo cual determina, desde el inicio, una postura peyorativa de la fuerza frente hacia la actual clase política. Un enfoque que hace mella en un sector particular de la población: aquel que se autodenomina como “apolítico”, sin ningún incentivo ni aliciente político y que acota su participación democrática al sufragio, el cual, además, está regido estrictamente por el estado de su microeconomía. Un “animal antipolítico” parafraseando a Aristóteles.

Esta clase de ciudadanos en los que pone la mira electoral el Frente Renovador responde a un modelo de Estado. “El sistema neoliberal tiene, por lo tanto, unas secuelas importantes y necesarias: una ciudadanía despolitizada, caracterizada por la apatía y el cinismo. Si los comicios democráticos afectan poco a la vida social, es irracional dedicarles demasiada atención” (McChesney en Chomsky, 1999: 10).

Una síntesis de esta perspectiva la muestra un texto de la web oficial del partido: “Somos el Frente Renovador. Un frente que nació en la acción, gracias al trabajo de muchos intendentes que, estando cerca de la gente, percibieron la necesidad de crear una alternativa nueva que pudiera construir a partir de la diversidad, el respeto y la cooperación” (En www.frenterenovador.org.ar).

Como se percibe, el mensaje pone el acento en “el nacimiento de una fuerza, la creación de una alternativa nueva”. Eso demuestra una voluntad fundacional. Pretende instalar un espacio político ajeno al sistema de partidos histórico del país (1), objetivo que, en dos instancias, carece de consistencia. Por un lado, el mismo Massa en reiteradas ocasiones se definió como peronista. Revalidó incesantemente logros, doctrinas y,

hasta fracasos del justicialismo. Al mismo tiempo que, como se verá, su estructura de poder está vertebrada por dirigentes provenientes del peronismo y que, lejos de renunciar a su experiencia histórica, se ensamblan a través de esa tradición. Les sirve de “pegamento”. Y, por otro lado, cabe revisar la lista de candidatos y dirigentes que apoyan el proyecto del Frente Renovador: Graciela Camaño, diputada nacional por el PJ desde 1987; Aldo Rico, excarapitanda, intendente de San Miguel entre 1997 y 2003; Felipe Solá, vicegobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1999 y 2002, gobernador de la misma provincia en el período 2003-2007, diputado nacional por el Frente para la Victoria (2007-2009), por Unión Pro (2009-2011) y por el Peronismo Federal (2011-2013); Darío Giustozzi, intendente peronista de Almirante Brown desde el 2007; Gladys Gonzalez, exlegisladora del PRO; Jesús Cataldo Cariglino, intendente peronista del Municipio Islas Malvinas desde el año 1995; Luis Barrionuevo, sindicalista peronista, diputado y senador nacional, entre otros.

Como se detecta, a ninguno de ellos le cabe el mote de “outsider”. Son todos dirigentes de prolongada trayectoria. Ninguno hace sus “primeras armas” en estas elecciones. Al contrario, varios de ellos formaron parte de esa “generación política maldita” que fue repudiada por una gran porción de la sociedad en el 2001, al grito de “que se vayan todos”.

Sergio Massa también apuesta a encajar como una pieza nueva en el rompecabezas de la política doméstica. Su ventaja, en este caso, es su edad: 41 años. Una herramienta que le permite distinguirse de la “tradicional dirigencia”. Pero él también, a pesar de su “juventud”, tiene un extenso derrotero, que, incluso, supera el de varios compañeros de equipo. Sus primeros pasos en política los dio mientras cursaba en el colegio católico Agustiniano, en el partido liberal de centro derecha, UCeDé, conducido por Álvaro Alsogaray. Después, fue diputado provincial en Buenos Aires por el PJ, en 1999; intendente de Tigre, entre el 2007 y 2008; jefe de Gabinete del FpV, entre el 2008 y el 2009; y nuevamente jefe comunal de Tigre, desde el 2009 hasta la actualidad.

Massa presenta un discurso ambivalente. Combina elementos narrativos propios del mesianismo con otros recursos o posturas netamente pragmáticas. Entre esos dos puntos antitéticos, construye su mensaje. Por un lado, busca satisfacer retóricamente a ese sujeto que piensa especialmente en su interés privado y cree que su esfuerzo personal debe ser materializado en ascenso social. Un claro ejemplo expone cuando asevera: “La clave del triunfo estuvo en interpretar el mensaje del tipo que se levanta a las cinco de la mañana para ir a laburar y le roban” (en TN, 14/8/2013). Massa pretende que este ciudadano lo asimile como el único político que hará justicia y premiará a los que trabajen y se sacrifiquen. Lo cual lo acerca a las orillas del mesianismo liberal, cuya máxima expresión fue la revolución francesa. Todorov compendia perfectamente las metas de esta clase de mesianismo: “El objetivo es conseguir una sociedad nueva y un hombre nuevo. Se considera que las personas son materia informe que el esfuerzo de la voluntad puede conducir a la perfección. La tarea de convertir a todos los hombres en virtuosos y a la vez felices parece de pronto al alcance de la mano” (2012:37). Pero, al mismo tiempo, Massa dice “Vamos a construir con un gran

acuerdo, a través del trabajo con todos” (TN, 23/10/2013), lo que deja de manifiesto su interpretación minimalista de la política porque evita todas sus complejidades, la vacía de contradicciones, antagonismos, sentimientos, conflictos (se tratará en el siguiente inciso) e ideas. Y reemplaza todo ese bagaje de elementos inherentes al ser humano –tanto en su faceta individual como colectiva–, y por lo tanto a la política, por una perspectiva racional, simple, que sin lugar a duda, interpela a ese “ciudadano común” que buscó durante toda la campaña electoral. Lo seduce. Cansado de las protestas, los cortes de ruta, los paros docentes, las discusiones interminables en el Congreso, los “ataques” a los medios de comunicación, los juicios a represores de hace treinta años, “entre otros fastidios”, este potencial interlocutor quiere soluciones inmediatas a sus problemas. Desea que los políticos se pongan de acuerdo, de una vez por todas, y hagan lo que tengan que hacer. Que se olviden de todo el “circo” y trabajen. En su entrevista con Alejandro Fantino, Massalo sintetizó con una frase contundente: “A la gente lo que le gusta es que le solucionemos los problemas” (América, 10/07/2013), una óptica que encandila a cualquier amante de la *realpolitik* que considera que los hechos son la materia prima de la política y lo demás sobra. Pero contradictoriamente, esta interpretación esconde en sus entrañas su imposibilidad de realizarse. Su factor utópico. Su negatividad.

Pensar que todos los intereses de una sociedad pueden diluirse después de un simple intercambio de opiniones en una política pública es ignorar a la propia naturaleza humana y su historia. Golpes de Estado, revoluciones, dictaduras, guerras y genocidios no han sido sucesos azarosos ni mucho menos obras de un “poder oscuro”. En sentido contrario, han sido acontecimientos que desbordaron los límites de la política y que buscaron dirimirse en el campo de la violencia, un claro ejemplo de que el factor racional no siempre alcanza. Sobredimensionar la veta racional de las personas (que solo piensan como seres aislados) es un “vicio” propio de la doctrina liberal que deja afuera –o no tiene en cuenta– las pasiones, los sentimientos, el egoísmo, la maldad, la perversidad, las emociones y las identidades colectivas de los seres humanos. Chantal Mouffe, en su crítica a John Rawls, lo explica perfectamente: “Para mí, hay dos razones que hacen que el liberalismo no pueda captar de manera conveniente la naturaleza de lo político: en primer lugar, su racionalismo, y después, su individualismo. El racionalismo y la creencia en la posibilidad de una reconciliación final gracias a la razón le impiden reconocer la posibilidad, siempre presente, del antagonismo; y el individualismo no le permite captar el proceso de creación de las identidades políticas, que son siempre identidades colectivas, que toman una forma del tipo “nosotros / ellos”. Además, ese racionalismo y ese individualismo dominantes en la teoría liberal no le permiten comprender el papel crucial que han jugado lo que yo he llamado las ‘pasiones’: la dimensión afectiva movilizadora en la creación de las identidades políticas” (*Pensar desde la Izquierda*, 2012: 249).

De igual modo, en el siguiente inciso se profundizará sobre esta cuestión.

Cerrando este apartado, es imperioso resaltar este hiato que hay en el discurso de Massa. El mesianismo y la *realpolitik* son dos posturas diametralmente opuestas frente a la política. O se construye sobre

abstracciones (“paz, concordia, tranquilidad, felicidad”) que nunca llegan a conectar con la realidad o, en sentido contrario, se erige un proyecto –con dirigentes como Barrionuevo, Camaño, Solá, Cariglino y Rico que hacen del pragmatismo una doctrina– basado en lo posible, lo asequible, lo inmediato. Entre esas dos gramáticas tambalea el diputado nacional electo.

La interpretación de la democracia y el conflicto

El referente simbólico de Massa es el Papa Francisco. De él se alimenta discursivamente. A través de las palabras del máximo pontífice, construye su noción de democracia. En cada acto, entrevista o encuentro, Massa alude a él como ejemplo de unidad, como sinónimo de diversidad, como espejo de una sociedad ideal. Dos ejemplos:

“Pedirles que abramos los brazos, seamos generosos, respetuosos y aceptemos la diferencia, la pluralidad y la concordia, como dice el Papa Francisco, que es la mejor forma de construir un país de iguales a pesar de las diferencias” (27/10/2013).

“Lo primero que me viene a la cabeza es lo que planteó hace muy poquitos días el Papa Francisco: tenemos que hacer lío, tenemos que hacernos valer y transformar esa rebeldía y esos sueños en responsabilidad y construcción colectiva. Tenemos que organizarnos en equipo para transformar en fortaleza esa diferencia de pensamientos y sectores” (27/9/2013).

En ambos casos, Massa recurre a lo eclesial para legitimarse políticamente. Traslada –o inserta– elementos narrativos propios de la religión a la política terrenal. Supedita la esfera pública (la política) a la esfera privada (creencia o culto). Utiliza al Papa Francisco, representante de Dios en la tierra, como fuente de legitimidad. A través de él construye una visión conciliadora y pacífica de la democracia. Visión que acarrea dos problemas: uno de carácter histórico y otro de interpretación.

Con esta decodificación teológica de la política, Massa retrocede el reloj del tiempo unos cuantos siglos. Elimina a la modernidad y se sumerge en apreciaciones propias del medioevo, donde la fe desplaza a la razón como núcleo de la sociedad. Ignora a la laicidad, esa “filosofía de la vida basada en la Ciencia y en la Ética que tiene como aval y antecedentes la Ilustración y el Siglo de las Luces. Y antes que eso, la modernidad que exalta la razón, la humanidad y el gusto por la vida. De ello se han derivado el pensamiento científico, los Derechos Humanos y los del Planeta, y la tolerancia como ámbito de diálogo para buscar la aproximación al conocimiento de la Naturaleza y el papel que el ser humano ocupa y puede ocupar en ella” (Anguita, 2013: 284).

“Argentina debe dejar atrás la lógica de la confrontación” (TN, 14/8/2013). El otro inconveniente radica en la interpretación que hace de la democracia y, dentro de ella, del conflicto. Massa hace alusión al conflicto como algo negativo, algo que debe erradicarse. Es “el mal” que obtura el progreso de la Nación, el avance hacia una sociedad más justa. Pero justamente, mediante esta significación peyorativa está dejando sin razón de ser a la política porque, como sintetiza Vallés, “Nuestra opción es considerar la política como una

práctica o actividad colectiva, que los miembros de una comunidad llevan a cabo. La finalidad de esta actividad es regular conflictos entre grupos. Y su resultado es la adopción de decisiones que obligan –por la fuerza, si es preciso– a los miembros de la comunidad” (2000: 18).

Toda sociedad cuenta con conflictos y tensiones que generan desigualdades. “La distribución de los recursos y oportunidades coloca a individuos y grupos en situaciones asimétricas. No todos los miembros de la comunidad tienen un acceso razonablemente equilibrado a la riqueza material, a la instrucción, a la capacidad de difusión de sus ideas, etcétera. No todos comparten de manera sensiblemente equitativa las obligaciones y las cargas: familiares, productivas, asistenciales, fiscales, etcétera. Tales desequilibrios entre individuos y grupos generan una diversidad de reacciones” (Vallés, 2000: 19). Frente a este peligro constante de eclosión social, aparece la política como articulación, como herramienta permanente para ordenar todos esos “cortocircuitos”, como autoridad para interceder en los desacuerdos colectivos e individuales y más en un sistema democrático como el de la Argentina, donde la pluralidad –religiosa, política, sexual, cultural, etc.– es el vector principal. En este caso, el conflicto está “garantizado” cada día. La amplia libertad que otorga la democracia lleva a la colisión permanente de intereses opuestos. Negar el conflicto es negar la principal virtud de este régimen: la diversidad.

Y con una mirada más antropológica y menos politológica, el teórico español Juan Carlos Monedero sostiene que el conflicto es inherente al ser humano. “El conflicto es un equilibrio inestable de seres humanos que viven en el tiempo, es decir, que envejecen, que pierden constantemente energía camino de la muerte. Existirá conflicto mientras haya seres humanos que piensen que merecen algo y no lo tienen. Presumiblemente, entonces, siempre habrá conflicto, salvo en un futuro cuyos contornos de perfección no dejan también de producir inquietud” (2012: 76).

La supresión de las fronteras ideológicas

Antes de comenzar este inciso, es importante acotar el término ideología, brindar un pequeño marco teórico debido a la extensa bibliografía que la ha puesto al borde de la polisemia. “Las ideologías son un conjunto coherente de ideas, creencias y prejuicios relacionados entre sí que, aunque han sido elaborados por un grupo o un individuo aislado, pretenden influir de manera general sobre la organización y el ejercicio en una sociedad” (Molina, 1998: 62).

Otra de las consecuencias de esta estigmatización del conflicto es la eliminación de las fronteras ideológica, una lectura que alienta la posmodernidad, que recalca que después de la caída del Muro de Berlín, el tiempo de las ideologías se acabó como bien dijo Fukuyama en *El fin de la Historia y el último hombre* (1992). Las ideas hace tiempo que dieron paso a los hechos, a la gestión. En los tiempos que corren, lo importante es solucionar los problemas de la gente, poner “manos a la obra”. De nada sirven las etiquetas de derecha, izquierda, centro, radical, peronista, socialista. Son pretéritas. Solo provocan enfrentamientos

inútiles que erosionan a la sociedad y retrasan el desarrollo del país. Es tiempo de “construir todos juntos el país”. Dos ejemplos:

“Somos la concordia, por eso buscamos construir de la única forma que conocemos: respetando la diversidad. Sabiendo que una opinión distinta no representa una amenaza, sino que por el contrario, representa una oportunidad para mejorar. Buscamos construir con propuestas, sin agravios ni descalificaciones. El país que queremos solo se construye si estamos todos: los más de 40 millones de argentinos” (www.frenterenovador.org.ar).

“El domingo se juega el final de un estilo. El domingo va a marcar que la gente no quiere confrontación, que no quiere divisiones, que no quiere más esta pelea empresarios / trabajadores, esta pelea campo industria. La gente lo que quiere es que haya un proyecto que incluya a todos” (TN, 23/10/2013).

Los textos son claros y tienen una dirección precisa: desarticular el proceso de politización iniciado en la Argentina a partir de la crisis social, política y económica del 2001. A partir de aquella rebelión multisocial, que incluyó desde la clase media hasta los piqueteros y que amenazó con derrumbar todo el andamiaje institucional de la democracia representativa liberal, la sociedad pasó –gradualmente– del “que se vayan todos” a una participación pasiva en la política. Pasiva porque la intervención se caracterizó, sobre todo, por el debate y la deliberación y no por el acceso a puestos institucionales de poder.

El ascenso de Néstor Kirchner en el 2003 y los triunfos de Cristina Fernández en el 2007 y 2011 alentaron este proceso de politización social. Lo hicieron mediante una agenda de políticas públicas –Concejo Salarial, políticas sociales como la Asignación Universal por Hijo, juicio a los represores de la última dictadura cívico-militar, retenciones al sector agropecuario, Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, entre otras–, que tocaban las fibras más sensibles de la sociedad e incentivaban a la controversia y discusión políticas. Instancias que, en determinados momentos, significaron rupturas en el tejido social. Un caso notorio fue el conflicto con el sector agropecuario en el 2008. Si se pone en disputa el modelo productivo de un país es lógico que la contienda genere grietas tanto políticas como sociales. Los debates cardinales de un país –hagan mella en política, cultura, justicia o economía– siempre se van a dirimir en escenarios complejos, intrincados, en los que, en algunas ocasiones, el factor emocional solapará al racional. Y, además, van a producir que (re) emerjan diferentes identidades ideológicas –tanto antiguas como nuevas– que propugnan por uno u otro modelo de país. Por eso, a lo largo de los últimos diez años, se ha revitalizado la militancia partidaria. Las personas buscan un “refugio ideológico” que represente sus perspectivas e intereses en las disputas que atraviesan el presente.

Contra ese proceso de politización va dirigido el discurso de Sergio Massa. Esconder bajo el mantra de la concordia los temas acuciantes y sustanciales para el progreso del país parece ser el recurso para evitar estos “enfrentamientos” de corte ideológico que movilizan a la ciudadanía y, obviamente, generan rispideces en su seno. Hablar de redistribución de la riqueza sin decir a qué sectores de alto poder adquisitivo se afectará mediante grabaciones o retenciones, carece de todo hilo argumentativo. Es un discurso vacuo –con

una costura meramente retórica—, sin sustento político ni ideológico que tiene su razón de ser en el proselitismo electoral.

La supresión de las fronteras ideológicas tiene varios efectos negativos. Uno es la pérdida de referentes fijos. El ciudadano que no milita ni participa de forma activa en una fuerza política, en el momento de construir su opinión o reflexionar su voto, se encuentra inmerso en un marasmo de partidos y propuestas que no se diferencian en nada. Todos los programas desean el bienestar general, la paz social, el fin de la pobreza y la unión de la Nación. Objetivos —muy nobles— que cualquier fuerza política anhela. Pero nadie dice cómo ni con qué métodos alcanzarlos. Bajo una óptica schumpeteriana, la oferta que tiene el elector es difusa: todos los productos (los partidos) son iguales, con los mismos objetivos. El ciudadano pierde la brújula política, carece de información precisa y su selección le produce incertidumbre, dudas, confusión.

Y en relación con lo anterior, Chantal Mouffe considera que esa confusión puede llevar al desinterés o rechazo político: “Lo que está en juego realmente en la distinción derecha / izquierda es el reconocimiento de la división social y del hecho de que determinados conflictos antagónicos no pueden resolverse mediante un diálogo racional”, explica. Y agrega: “Pienso que es importante resistirse a ello (supresión de las fronteras ideológicas), porque puede poner en peligro las instituciones democráticas. La desaparición de la diferencia fundamental entre los partidos democráticos de centro izquierda y de centro derecha tiene como efecto que la gente deje de interesarse en la política”. Y sobre cómo debería ser la política en las sociedades contemporáneas, la teórica belga afirma que “La política en democracia debe ser partisana. Si queremos que los ciudadanos se interesen por la política es necesario que sientan que se ponen en juego alternativas reales en las elecciones” (*Pensar desde la Izquierda*, 2012: 252).

Y con un anclaje que congenia lo retrospectivo con lo prospectivo, Monedero explica otra de las consecuencias de este fenómeno: “Despolitizar implica volver a correr el riesgo de repetir comportamientos sociales superados. Las luchas de ayer son los derechos de hoy. La falta de acción colectiva de hoy es el retroceso en las garantías de igualdad de mañana. En ningún lado está garantizado el progreso” (2011: 76).

Conclusión

Retornando a la primera de las dos preguntas que iniciaron este artículo, como se observó la gramática utilizada por Sergio Massa recae en una concepción netamente pacifista de la política. Palabras o ideas como “concordia”, “paz”, “construcción entre todos”, son empleadas para construir un nuevo marco —según Lakoff— en la mente de las personas. Un nuevo marco que luche contra la política de confrontación / consenso —establecido por el kirchnerismo, que se sustenta en otro tipo de palabras: “redistribución de la riqueza”, “democratización”, “monopolios”, “pueblo”, “intereses nacionales”, “oligarquía”, “corporaciones”, “matriz productiva”— y, en simultáneo, genere un nuevo sentido común: la política es consenso. Los enfrentamientos son innecesarios. Se puede gobernar sin tensiones ni roces. La armonía y el progreso son

conjugables. Una óptica que, como se analizó, carece de todo argumento histórico, antropológico, sociológico, psicológico y, obviamente, político.

Reducir la política a una actividad meramente consensual es, paradójicamente, “destruirla”, acabar con su razón de existir, vaciarla de sentido y objetivos, transformarla –bajo el prisma de Laclau–, en un significativo vacío. ¿Para qué interceder en una sociedad donde los intereses se enlazan y compatibilizan perfectamente? Sería inútil. Y prometer acabar con el conflicto, además, supone una utopía, una quimera. Hasta incluso, las fuerzas históricamente conservadoras, que negaron el avance de la historia y el progreso, tuvieron enfrentamientos de todo tipo. No lograron escapar a las disputas inherentes y naturales de aquellos espacios donde el hombre decide vivir en comunidad y socializarse. Por ende, más allá del dispositivo lingüístico que Massa use, el conflicto permanecerá en las entrañas de la política. Lo que está en juego, en este caso, además de la disputa por el poder político, es el sinceramiento del lenguaje. La honestidad discursiva. El objetivo de cada estructura discursiva: ninguna oración –en una campaña electoral, menos– es en vano. Esconde en su interior una meta política, económica y social. Traducir esas palabras en modelos políticos o económicos es la tarea de cualquier comunicador social, semiólogo, analista político o lingüista.

En torno a la segunda cuestión, ¿a qué modelo de sociedad y Estado o a qué proyecto político responde?, pregonar la eliminación de las fronteras ideológicas apunta a esconder las fricciones socio-económicas. Barnizar a la política como una simple gestión y optimización de recursos y aceptar el consenso como una única pauta política son recursos discursivos que apuntan a socavar la legitimidad de un Estado presente y participativo en los planos económico, político, social y cultural, que intentan establecer en el sentido común que la intervención del Estado solo produce fricciones sociales. Estas perspectivas inducen a que el Estado no debe entrometerse en ninguna esfera (excepto la represiva), no debe participar en la democratización de la cultura, no debe tener un proyecto político, por el contrario, debe ser neutral. Y, lo más importante, quizás, debe ocupar un papel pasivo en lo económico. Una visión neoliberal del Estado. Un modelo que se basa en “una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio” (Harvey, 2005: 6).

Ahora este Estado neoliberal, que tácitamente –a sabiendas del rechazo, debido a las experiencias menemista y aliancista, que genera en la sociedad argentina– propone Sergio Massa, debe contar con una sociedad despolitizada, pasiva, temerosa de los conflictos, “alérgica” a todo tipo de ruptura social, política y económica; ajena a las herramientas teóricas, discursivas y prácticas para transformar la realidad. Y aquí reside el interés de Massa por promocionar la concordia como piedra angular de la democracia. La paz que él promete significa básicamente alejar al ciudadano de la discusión política, extraerlo de la esfera política –caracterizada por el compromiso, el sentido colectivo, la sociabilidad, las ideas, la militancia– e insertarlo en

el plano estrictamente económico –donde prima el interés individual, el consumo, la competencia, el individualismo y la lógica del costo / beneficio–. Laval, citando a Brown, lo explica sencillamente: “Las políticas neoliberales “activas” apuntan a la gobernación de un sujeto “calculador”, “responsable” y “emprendedor en la vida”, capaz de aplicar una racionalidad económica universal a cualquier terreno vital y a cualquier esfera: salud, educación, justicia, política”. Y continúa: “Poco a poco va desapareciendo la figura del ciudadano que, junto a otros ciudadanos iguales en derechos, expresaba cierta voluntad común, determinaba con su voto las decisiones colectivas y definía lo que había de ser el bien público, para verse reemplazado por el sujeto individual, calculador, consumidor y emprendedor, que persigue finalidades exclusivamente privadas en un marco general de reglas que organizan la competencia entre todos los individuos” (2012: 18-19).

En síntesis, como se analizó, el dispositivo discursivo que implementó Sergio Massa en su campaña electoral conduce a la construcción de un Estado neoliberal que necesita una sociedad despolitizada para su pervivencia. Detrás de las citas de Francisco, de las promesas de una nueva clase política, de la eliminación de las fronteras ideológicas, del fin de los conflictos, alberga, como se vio, un interés político-económico. Caso que deja en evidencia que el lenguaje no es neutral ni imparcial y mucho menos indiferente a los procesos políticos de una sociedad. A través del lenguaje se libra una batalla por los marcos y las estructuras mentales que generan el sentido común de la sociedad y deciden los rumbos de un país. Entonces es normal que, en la disputa por el valor, la implementación y el significado de las palabras, también habite el conflicto político.

Notas

(1) Sistema de partidos que, hasta la crisis del 2001, se caracterizó por un bipartidismo imperfecto: radicalismo / peronismo, como pivotes principales y alrededor otras fuerzas de calidad institucional menor, como el socialismo, la Ucedé, fuerzas regionales (MPN) u otras coaliciones inestables (Frepaso). En el 2003, producto de la crisis de representación política, sintetizada en el “que se vayan todos”, se despedazó dicho sistema de partidos y se pasó a conformar uno caracterizado por la efervescencia constante de fuerzas erigidas con el molde de una personalidad, que provenía de alguna de los dos movimientos políticos históricos, de escasa afiliación y de duración efímera. En el 2007, el Frente para la Victoria se consolida como fuerza política pseudo hegemónica y vuelve a modificar el escenario partidario. Se llega a un sistema de partidos con una fuerza política, el FpV –con rasgos de frente (contiene socialistas, radicales, peronistas)–, en el centro de gravedad y con posibilidad de Gobernar de forma unilateral, y en la periferia del poder múltiples partidos de diversa matriz ideológica que se alían esporádicamente y solo con el objetivo de obtener cualquier avance de la fuerza principal.

Bibliografía

- Anguita, J. (2013), *Conversaciones sobre la III República*, Madrid, El Páramo.
Harvey, D. (2005), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
Lakoff, G. (2004), *No pienses en un elefante*, Madrid, Editorial Complutense.

- Laval, C. (2012), "Pensar el neoliberalismo", en *Pensar desde la izquierda*, Madrid, Ediciones Ámsterdam.
- McChesney, J. (1999), en Chomsky, N. *El beneficio es lo que cuenta*, Barcelona, Crítica.
- Molina, I. (1998), *Conceptos fundamentales de Ciencia Política*, Madrid, Alianza Editorial
- Monedero, J. (2012), *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, C. (2012), "Antagonismo y hegemonía, la democracia radical contra el consenso neoliberal", en *Pensar desde la izquierda*, Madrid, Ediciones Ámsterdam.
- Todorov, T. (2012), *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Valles, J. (2000), *Ciencia Política. Una introducción*, Barcelona, Planeta.

Fuentes

- Discurso de Sergio Massa, 27/10/2013.
- Discurso de Sergio Massa, 27/9/2013.
- Discurso de Sergio Massa, 8/7/2013.
- Página oficial del Frente Renovador: www.frenterenovador.org.ar.
- Programa A dos voces, canal TN. Entrevista a Sergio Massa, 23/10/2013.
- Programa animales sueltos, canal América. Entrevista a Sergio Massa, 10/07/2013.